



Plana Mayor del batallón de Voluntarios núm. 1.

CAPITULO XXXI EL INSTITUTO DE VOLUNTARIOS ORGANIZACION.- MISION.- CONDUCTA DURANTE LA GUERRA.



N el mes de mayo de 1898, el Instituto de Voluntarios de Puerto Rico estaba constituido en la siguiente forma: Una Plana Mayor General, cuyas funciones nunca estuvieron bien definidas, formada de un comandante, tres capitanes, dos primeros tenientes, cuatro segundo, un médico y un farmacéutico.

El núcleo de la fuerza activa lo constituían 14 batallones de infantería y además la compañía de Vieques, con 49 tenientes coroneles (entre efectivos y excedentes), 45 comandantes, 121 capitanes, 165 primeros tenientes, 161 segundos, 12 capellanes, seis músicos mayores, 366 sargentos, 626 cabos, 255 músicos y cornetas y 5.525 soldados, haciendo un total de 551 Jefes y oficiales con mando de tropa y 6.772 soldados, clases y músicos, y entre todos 7.331 relacionados en el escalafón de dicho año.

Declarado el estado de guerra, cada batallón organizó una sección montada de 35 a 40 hombres, con sus correspondientes oficiales. Esta fuerza montada tenía excelente aspecto y usaba caballos verdaderamente de lujo.

En San Juan se formó, además, en los primeros días del conflicto, el batallón «Tiradores de Puerto Rico», con un teniente coronel, tres comandantes, ocho capitanes, 13 primeros tenientes, 12 segundos, un capellán, un músico mayor, 24 sargentos, 48 cabos y 488 soldados.

En números redondos, la fuerza reunida de todo el Instituto alcanzó, por esta. fecha,

a 7.930 jefes, oficiales, soldados y músicos, desempeñando estos últimos los servicios de sanitarios y camilleros.

El parque de San Juan proveía de fusiles sistema Remington, reformado, construidos en Oviedo (España), y de un regular número de cartuchos con bala de envuelta niquelada; equipo y vestuario eran de cuenta de los voluntarios. Como único auxilio a la institución de voluntarios, cada año se consignaba en los presupuestos insulares la suma de 4.565 pesos y 76 centavos para gratificación a los furrieles y bandas de cornetas.

El porte militar de estos batallones era bueno; su disciplina estricta, igual, cuando menos, a la de las tropas de línea; pero su instrucción nunca fue completa, sobre todo en ejercicios de orden abierto y de fuego. El batallón número 1 de San Juan, 6, 9º y *Tiradores de la Altura* y las secciones de Guayama, eran los mejores.

El ingreso en filas fue siempre voluntario; pero, una vez juradas las banderas, quedaban sujetos al mismo régimen y Código militar del Ejército, legislación muy rígida y tan pródiga en artículos en que se fijaba la *pena de muerte* que, al ser preguntado cierto soldado, recién llegado a filas, sobre la penalidad que correspondía a determinado delito, contestó al oficial que le interrogaba: — Pena de muerte y... otras mayores.

Los mozos españoles que eran llamados a filas como soldados activos, tenían el privilegio de obtener sus licencias absolutas después de servir cuatro años en las de voluntarios.

Era el Instituto, además de un Cuerpo militar, un partido político en armas; hasta mediados de mayo de 1898, sólo nutrieron sus filas hombres pertenecientes al llamado partido *Incondicionalmente Español de Puerto Rico*. Los jefes eran siempre hombres prominentes en sus pueblos y gozaban de muchas preeminencias, siendo para ellos fácil tarea obtener favores del Gobierno; una credencial de voluntario era en aquellos tiempos excelente recomendación para alcanzar destinos públicos

Durante la preparación de la guerra y cediendo a las repetidas exhortaciones de Luis Muñoz Rivera, jefe del Gobierno Insular y del partido liberal de la Isla, muchos portorriqueños de ideas avanzadas y también no pocos peninsulares que hasta entonces habían mirado con recelo a los voluntarios, ingresaron en sus filas. La misión de esta fuerza, claramente definida en su reglamento, era mantener el orden en sus respectivas localidades y cooperar, dentro de ellas, con la fuerza veterana, en toda función de guerra. El Capitán general fue siempre jefe honorario del Instituto, y yo tuve el honor, inmerecido, dos años antes de la guerra y a propuesta del teniente coronel Jenaro Cautiño, de ser nombrado *abanderado de honor* de los 14 batallones.

La guerra de independencia de Cuba tenía muy excitados a los radicales portorriqueños y, como se barruntase intentos de desembarcos filibusteros para levantar el país en armas contra España, un contingente de voluntarios fue movilizado, prestando un penoso servicio en las costas, cuyo litoral era vigilado noche y día por un cordón de centinelas. Esta fuerza no recibía haberes, ni pluses, ni raciones de boca; todo era costado de su peculio privado. Voluntarios fueron, además del Ejército y empleados públicos, los que hicieron subir a cerca de 200.000 duros la suscripción popular para gastos de guerra. Ellos proveyeron, en unión de otros vecinos, para adquirir todo el

material necesario a las ambulancias de la Cruz Roja en cada pueblo, dando además dinero para las atenciones de la campaña y también para otros gastos no tan justificados; y de los bolsillos de aquella milicia salió mucho oro al conjuro del sagrado nombre de la Patria, señuelo en cuyo manejo eran expertos los altos funcionarios de la colonia.

Llegó la invasión y hasta ese día el Instituto fue un bloque, unido y dispuesto a todos los sacrificios y contingencias del momento; pero una medida arbitraria del coronel Camó, jefe de Estado Mayor, causó grandes trastornos, relajando la disciplina y cohesión entre las filas. Sin razón alguna que lo justificara, se ordenó que todos los voluntarios, unos 500, que estaban sujetos al servicio militar activo, abandonasen sus secciones y se incorporaran a los cuerpos de tropa regulares. Vióse, entonces, hombres adinerados, prominentes en sus localidades, comerciantes, estancieros, hacendados de caña y de café, abandonar sus familias y sus negocios para ingresar, sirviendo de estorbo, en cuarteles y acantonamientos que escasamente podían contener a la tropa veterana, de la cual nunca supo hacerse el debido uso. Sin embargo, no hubo desertores; todos se unieron a sus banderas, pero llevando consigo el natural disgusto y el germen de una indisciplina que no siempre supieron acallar.

El 26 de julio fue circulada una nueva orden del Estado Mayor, disponiendo que todas las secciones de voluntarios se reconcentrasen en la cabecera de los departamentos.

Esta disposición (escribe el coronel Julio Soto, comandante militar de Mayagüez) dió el funesto resultado que yo presagiaba y había avisado; y, efectivamente, por más que se les acuarteló lo mejor posible, dándoseles ración y socorro diario y también a las familias de los más pobres (con cargo a la suscripción voluntaria para gastos de guerra), no pude contenerlos, y muchos de ellos abandonaron las armas, volviendo a sus hogares a defender sus pueblos, en donde vivían sus familias y radicaban sus intereses, alegando que aquella medida era un atropello a los fines de la institución.

Llegó lo sucedido, en casi toda la Isla, a conocimiento de las autoridades militares de San Juan, y en vez de dictar medidas conducentes a restablecer la disciplina e interior satisfacción entre aquellos 9.000 soldados, se les trató con marcado desprecio; se olvidaron sus servicios y sacrificios anteriores, y su actual rebeldía fue vista en el Estado Mayor casi con alegría, enviándose, entonces, telegramas como el que sigue:

San Juan, 4 de agosto 1898. Capitán general a Comandante militar de Mayagüez.

Ordene usted que se destruya con fuego de hoguera cuanto armamento y municiones desee entregar el 7.º Batallón de Voluntarios.

MACÍAS

Y en muchos pueblos, y en plazas públicas, a la vista del populacho, para mayores ofensa y escarnio, se quemaron fusiles y correajes; y grandes carretas, llenas de los mismos, llegaban cada día al Parque de San Juan, que no pudiendo contenerlos en sus almacenes, tuvo que habilitarlos, más amplios, en el cuartel de Ballajá.

La tropa veterana, y hasta la Guardia civil, día tras día, abandonaban las poblaciones de la isla en virtud de órdenes recibidas, quedando, como única fuerza para defenderlas, los voluntarios, hombres de arraigo en dichas localidades, casados la mayor parte y con mujeres e hijos portorriqueños, dueños de fincas y de comercios, y amenazados por partidas sediciosas y de bandoleros que surgían de todas partes. Y sucedió lo inevitable; lo que ocurrió en España cuando la invasión napoleónica; lo que pasó en las provincias catalanas cuando el archiduque de Austria holló con sus tropas las tierras del condado de Cataluña; lo que aconteció en el norte de Francia, en 1870, cuando los territoriales arrinconaban sus fusiles tan pronto divisaban las vanguardias de las tropas alemanas.

Eran los voluntarios milicia ciudadana y auxiliar del Ejército; nunca el nervio en que debía apoyarse la defensa de una isla, dos veces bloqueada, por los buques americanos en sus costas y por fuerzas enemigas en el interior, y, además, por partidas de nativos que cruzaban en todas direcciones.

Al cerrarse el doloroso período de la evacuación de la Isla, se escribió en España, por jefes y oficiales que en ella sirvieron, y que aun sentían las nostalgias de sus jugosas nóminas, libros, folletos y artículos en la Prensa, y en los cuales se medía con igual rasero a hijos del país y a los voluntarios; todos traidores, todos cobardes. Ninguno de los que manejaron la pluma en la Madre Patria, con mayor gentileza que sus espadas en la ínsula, habló de las torpezas y arbitrariedades de «los de arriba», causantes, si no de la totalidad, de la mayor parte del desastre. Se escribió mucho; se calumnió libremente, injustamente.

Yo puedo afirmar, apoyado en documentos y en testimonios de personas que aun viven, que si el 25 de julio de 1898, cuando el general Ricardo Ortega subió las escaleras del Palacio del gobernador general (quien en aquellos momentos recibía los consejos de su jefe de Estado Mayor) para ofrecerse a marchar sobre Guánica, a toda velocidad, cayendo allí con 5.000 cazadores, 12 cañones y 500 caballos, y resguardada su columna con el apoyo de 4.000 voluntarios, si tal oferta de aquel valiente caudillo hubiese sido aceptada, repito, que ni un solo voluntario de los escogidos hubiese faltado a sus deberes, sino que todos hubieran cumplido como hombres leales a sus juramentos. No eran carne y almas distintas de los que pelearon con asombro del general Shafter en el Caney y en las lomas de San Juan, ni de aquellos que en las de Silva y en los picachos de *Asomante* y *Guamaní* se batieron con notable despreocupación. Eran hombres de la misma raza, de la misma condición, con iguales vergüenza y corazones.

«Santiago de Cuba no es Gerona...», dijo el general Linares en telegrama de 12 de julio de 1898 al capitán general de Cuba Ramón Blanco. Tampoco eran Gerona, ni menos Zaragoza, los caseríos indefensos de Arroyo, Guayama, Yauco, Las Marías y Maricao, para exigir inútiles sacrificios de sus vidas a los voluntarios que los guarnecían, mientras los batallones de línea los evacuaban marchando con rumbo a San Juan.

Se cometieron, entonces, grandes errores y grandes injusticias; el que un jefe, o dos, o cuatro y algunos voluntarios desertasen al extranjero o se refugiasen en las montañas, entre 7930 no prueba nada; fueron estos la excepción que afirmaba la regla.

Por referirse al asunto de que trato, copio algunos párrafos escritos por el segundo jefe de Estado Mayor de la capitanía general de Puerto Rico, teniente coronel Francisco

Larrea, en su libro varias veces ya citado:

Formando contraste que lleva algún consuelo al ánimo, puede citarse la conducta de parte de los batallones 6º y 9º de Voluntarios, no obstante ser de los que por su estado de organización no inspiraban gran confianza. Pocos individuos de ellos faltaron a sus puestos, cuando el enemigo se presentó delante de Mayagüez y Ponce, poblaciones a que, respectivamente, correspondían; y si bastantes no supieron luego ser superiores al sentimiento natural de abandonar sus familias e intereses, hubo muchos resueltos a cumplir su deber hasta el fin, aunque una parte de éstos desapareciera en la retirada por efecto del cansancio e influidos por el desaliento de la derrota. Pero estos cuerpos tuvieron por guía el digno comportamiento de sus jefes. El teniente coronel del 9º batallón, Excmo. Sr. D. Dimas de Ramery, quien por su edad podía haberse excusado de salir a campaña, se presentó, no obstante, en Aibonito con sus cuatro hijos, criollos patriotas y dignos de su padre, llevando consigo al comandante segundo jefe D. Ricardo Montes de Oca, persona asimismo poco apta físicamente para las fatigas de la guerra, y más de la mitad de la oficialidad y como una tercera parte de la tropa a su mando. Casi esta misma relación de oficiales y tropa, con el total del batallón, alcanzó la fuerza del 6º, que llegó a Arecibo con la columna procedente de Mayagüez, siguiendo a sus jefes el teniente coronel excelentísimo Sr. D. Salvador Suau y los comandantes Sres. Fernández y Salazar. Y en otros puntos también, aunque en número más escaso, hubo voluntarios e individuos que no lo eran, quienes demostraron ser hombres de honor y concedores de los deberes del patriotismo, mereciendo particular mención, en contraposición a aquel alcalde español incondicional antes aludido (1), la conducta del de San Sebastián, don Manuel Rodríguez Cabrero, hijo de Puerto Rico y afiliado al partido liberal, quien además de dar constante ejemplo al vecindario en el cumplimiento de sus deberes, se apresuró a enviar recursos sanitarios al campo de la acción del río Guasio, e instado después por los americanos para que continuase al frente de la Alcaldía, contestó que sólo lo haría conservando enarbolada la bandera española.

Un joven español residente en Bolivia, o Colombia, donde ocupaba un buen puesto en el servicio telegráfico oficial de la República, se presentó espontáneamente en Puerto Rico, donde ingresó en la compañía de Telégrafos como simple soldado por todo el tiempo de la guerra, sintiendo el autor muy de veras no haber podido averiguar su nombre para hacerlo aquí público.

Algunos soldados licenciados se presentaron también en sus antiguos cuerpos al estallar la guerra, o entraron a formar parte de las guerrillas de nueva creación; siendo de mencionar particularmente el sargento procedente de artillería, D. Arturo Fontbona, quien se distinguió en la defensa de la capital y resultó herido, por lo que fue ascendido a oficial. Y asimismo es digna de elogio la conducta de varios jefes y oficiales retirados, que voluntariamente volvieron al servicio activo durante la guerra.

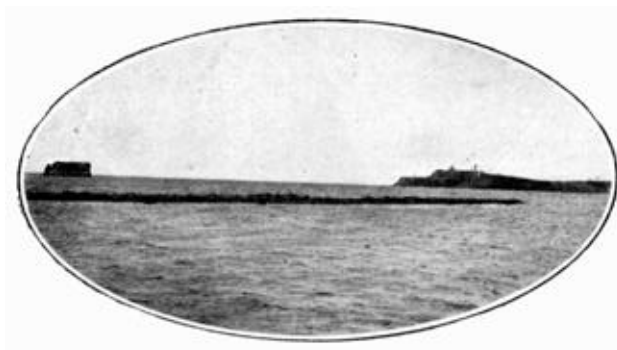
El capitán del 7º batallón de Voluntarios, D. Quintín Santana, hijo del país, fue el único individuo de su Cuerpo que se unió a las fuerzas del Ejército, ingresando como simple guerrillero, sin hacer valer siquiera su categoría en aquel Instituto hasta que ésta fue conocida. El segundo teniente, D. Carlos López de Tord, fue también el único individuo de los voluntarios montados de Ponce que se mantuvo fiel a su deber, y luego prestó buenos servicios en operaciones. Don Juan Bascarán, valiente portorriqueño y

1.- Florencio Santiago.

capitán del 6º batallón, los prestó asimismo, organizando y mandando una guerrilla a última hora. El primer teniente del 9.º de Voluntarios, don Nicomedes Fernández, aunque enlazado a una familia norteamericana, se distinguió en el servicio de ingenieros, del que estuvo encargado en la columna de Aibonito en su calidad de ayudante de Obras Públicas, y a falta de oficiales del Ejército pertenecientes a aquel Cuerpo. Y, por último, entre los casos honrosos de que tiene noticia quien esto escribe, es digno de nota el del sargento D. Enrique Grito, del mismo batallón acabado de citar, quien hallándose en las montañas del interior de la Isla, al saber la presencia de la escuadra americana en Ponce, corrió a ocupar su puesto; mas habiendo encontrado ya la población en poder del enemigo y en plena efervescencia antiespañola, no pudiendo sacar el armamento, penetró ocultamente en su casa, se llenó de cartuchos los bolsillos y, volviendo a montar a caballo, regresó a la finca de donde procedía para recoger allí otras armas, marchando después solo, por sendas extraviadas, a Aibonito, donde se presentó, al cabo de tres días de incesante caminar, y se distinguió por su buen espíritu. Aunque ninguno de estos individuos realizase actos heroicos, el haberse señalado en el cumplimiento de los deberes del patriotismo o de su Instituto, allí donde la mayoría fueron infieles a ellos, bien merece que se consignen aquí sus nombres y su conducta, para conocimiento y estímulo de los españoles amantes de su patria.

* * *

Años después, y al conocerse las vergüenzas de Manila y de Santiago de Cuba, aquellos apasionados escritores, que tan mal trataron antes a los Voluntarios de Puerto Rico, amainaron en sus críticas y rectificaron sus juicios. Y hasta alguno de ellos que, a raíz de la firma del Tratado de paz, escribiera un desatentado artículo proponiendo que se *retirase a dichos voluntarios la condición de españoles*, anduvo, más tarde, por tierras de América, y tal vez por esta isla, meneando suavemente las cuerdas de su lira para que los—¡siempre cándidos!—voluntarios del 1898 y sus hijos y sus amigos engordasen, con relucientes dólares, su escuálida bolsa.





Hon. Cayetano Coll y Cuchí, presidente de la Cámara de Representantes de Puerto Rico.

INDICE